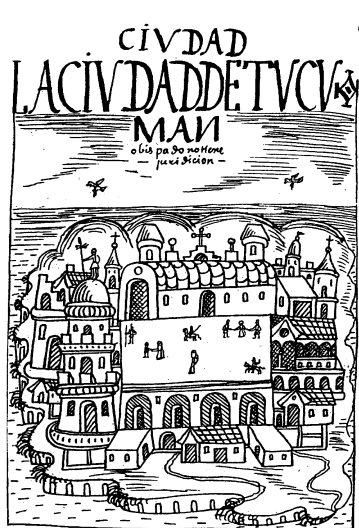


Integración en Ideas

Una publicación del IDELA/UNT



LOS SUCESOS DEL ONCE DE SETIEMBRE Y LA POLÍTICA EXTERIOR DEL PRESIDENTE BUSH

Juan Luis Monzón

El autor: JUAN LUIS MONZÓN es Licenciado en Historia, egresado de la Universidad Nacional de Tucumán. Es Magistrando de la carrera de postgrado de Magíster en Relaciones Internacionales del Instituto para la Integración y Desarrollo Latinoamericano de la UNT.

El trabajo: monografía presentada en el marco de las obligaciones del cursado de la asignatura "Política Exterior Contemporánea" de la Carrera de Postgrado de Magíster en Relaciones Internacionales que se desarrolla en el IDELA/UNT.

Noviembre de 2001

LOS SUCESOS DEL ONCE DE SETIEMBRE Y LA POLÍTICA EXTERIOR DEL PRESIDENTE BUSH

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo monográfico es ante todo un punto de vista de una persona inmersa en el mundo latinoamericano; por lo tanto, esta investigación estará signada desde su propio tiempo y espacio, desde sus valores y concepciones vitales. Lo expresado no quita ni disminuye la búsqueda de objetividad y de verdad, necesaria en toda investigación científica, pero la sitúa en un marco de posibilidades y también de limitaciones.

Los sucesos del 11 de septiembre de 2001 conmovieron profundamente a la humanidad, y la llenaron de dolor, sufrimiento y muerte. La suerte del país más poderoso de la tierra necesariamente debía afectar a estados, organizaciones y personas de todo el mundo. La reacción de Estados Unidos, en la persona de su presidente, no se hizo esperar, y tanto sus palabras como sus políticas encaminadas a dar respuesta al ataque terrorista pueden ser consideradas como una política exterior norteamericana a largo plazo, pues el combate contra el terrorismo fue anunciado como una lucha sin cuartel hasta la victoria final y ella puede ser conseguida después de mucho tiempo, por la extensión y diversidad de las acciones terroristas en todo el mundo. De ahí que centramos nuestro objeto de investigación en la política antiterrorista internacional de Estados Unidos en el momento presente.

Entre las teorías estudiadas para comprender las relaciones exteriores está la teoría de Sistemas, de origen biológico, que ha tenido y tiene fuerte influencia en las ciencias sociales actuales. Uno de sus fundadores, Bertalanfy, ha destacado el carácter relativo de las acciones humanas en comparación con el carácter necesario y determinado de los demás seres vivos. La libertad y la voluntad vuelven indeterminado el accionar humano. Por otra parte, el concepto de sistema supone la existencia de individuos que forman un conjunto dentro del cual sus partes interactúan permanentemente. En el mundo de los seres vivos existe una dialéctica que se manifiesta como estímulo respuesta, necesidad satisfacción, acción y reacción . Pero en el mundo de los seres vivos y humanos la dialéctica no es estímulo respuesta , es problema respuesta, desafío respuesta. La información que entra en cada ser humano y la acción, que es energía que sale de cada ser humano, no es determinada,

necesaria, fija, invariable e involuntaria. La información es procesada y programada dentro de marcos históricos, culturales y psicológicos que forman en los seres humanos conceptos y representaciones individuales y colectivas de las cosas, sirviendo de esta forma a la acción de un modo flexible. Nos encontramos de esta manera con lo específico del ser humano, su inteligencia y su libertad, que son los atributos que hacen del hombre un ser responsable, capaz de dar soluciones a problemas y que además sabe que siempre hay caminos alternativos de solución, signados todos ellos por visiones del mundo diferentes.

En el mundo de las relaciones internacionales y luego de los sucesos del 11 de septiembre de 2001, nos encontramos con un hecho de agresión, cometido contra la potencia hegemónica mundial. Estados Unidos ha procesado la información y en el marco de su libertad e inteligencia y voluntad de poderío ha resignificado y calificado a los hechos de terroristas; por lo tanto deben ser combatidos en todo el mundo. En respuesta a ese desafío ha elaborado una respuesta mediante un programa de acción. Pero su extremo poder ha llevado a una interpretación de los hechos y a la ejecución de actos de marcada unidimensionalidad y sin ninguna capacidad de debate y crítica, ni de posiciones disidentes dentro o fuera de la sociedad norteamericana. Pero a pesar de las limitaciones de la respuesta, la misma no deja de ser libre, indeterminada y flexible, a tal punto que la misma puede variar en el tiempo. De modo que emplear la teoría de los sistemas en el mundo de las relaciones internacionales es posible, pero con las limitaciones que nacen de lo específico del ser humano, la inteligencia y la libertad.

También se ha sostenido la teoría del realismo político aplicada al campo de las relaciones internacionales. Desde esa teoría, los países sólo tienen que privilegiar la defensa a cualquier precio de sus intereses, y el medio para ello puede ser la guerra. A nuestro entender, esta teoría se aproximaría a la visión que tenemos del mundo de las relaciones internacionales. Pero dado el grado de conflicto que han alcanzado los sucesos del 11 de setiembre, y las palabras extremas que incitan a la violencia despiadada y brutal, nos inclinamos a teorizar desde una perspectiva hobbesiana, porque el mundo actual ha llegado a tal grado de deshumanización, que sólo guían las acciones de los hombres los sentimientos más perversos y retrógrados como la avaricia, la codicia y la voluntad sin piedad ni consideración de poderío.

Sabemos que toda teoría científica es aproximativa, y es más o menos válida en la medida que la cambiante realidad no la supere, o produzca hechos que la teoría no puede comprender. Partiendo de estas limitaciones conceptuales propias de todo conocimiento científico, nos hemos planteado algunas preguntas. ¿Cuál es el grado de poder que busca alcanzar Estados Unidos con su accionar antiterrorista en el mundo internacional? ¿Pretende implantar por la fuerza una política imperial y una hegemonía mundial, guiado por una voluntad de poderío y por una conciencia autoritaria de sí? ¿Es posible pensar en un camino alternativo, dirigido a superar un proyecto imperialista por un proyecto civilizatorio a escala mundial, basado en el respeto de la diferencia y de la diversidad? Son todas preguntas difíciles de contestar, más teniendo en cuenta que vivimos un tiempo histórico lanzado a la incertidumbre del futuro y poseemos las herramientas conceptuales propias de un pasado que no permiten dar respuesta acabada a los hechos nuevos.

A pesar de estas dificultades, hemos elaborado con quizás cierta audacia una hipótesis. Ella puede ser expresada de la manera siguiente: la interpretación de los hechos y la reacción a la que ha dado lugar por parte del gobierno de los Estados Unidos, se debe a que el mayor enemigo de Estados Unidos es la sociedad estadounidense misma, por el haber formado una personalidad sobreestimada, autosuficiente, aislacionista y de extremo grado de intolerancia respecto de todo aquello que disiente, rechaza, resiste o se opone al sistema de vida norteamericano, por el elevado grado de incompreensión del otro en su diversidad y diferencia. De ahí que su reacción será entonces de extrema violencia, al grado tal de pretender aniquilar a todo enemigo de su forma de vida.

Para la concreción de esta monografía, hemos centrado nuestra atención en los hechos y los discursos del Presidente Bush y sus más cercanos colaboradores. Si bien hemos seguido la información por televisión y por Internet, y los comentarios han sido realmente profusos, hemos tratado de pensar por nosotros mismos, en medio de un mundo de pasiones y de iras desesperadas.

Finalmente una observación sobre el tiempo histórico empleado: nuestro trabajo comprende el período de tiempo que se extiende del 11 de septiembre al 11 de octubre de 2001. Se puede decir que fue más un tiempo de preparativos para la guerra que la guerra misma. Nos ha parecido un tiempo rico en palabras llenas de significación, pero también rico en palabras llenas de un altísimo grado de ambigüedad. Durante el tiempo estudiado, palabras tales

como terror, terrorismo, cooperar, ayudar, financiar, ocultar, etc, han sido empleadas reiteradamente pero en ningún caso se ha buscado precisarlas con rigor conceptual, y esa falta nos ha parecido más grave aún cuando ha venido de científicos sociales o politicólogos de renombrado prestigio académico internacional. Somos concientes de la dificultad de precisar palabras muy significativas en las ciencias políticas y en las relaciones internacionales, pero por su repercusión en la vida de los hombres, es de extrema necesidad su precisión y conceptualización.

I. El mes del terror y la guerra

El 11 de septiembre de 2001 comenzó para los argentinos como un día más. La crisis económica y financiera, producida por la deuda externa, el riesgo país, nos acompañaban una vez más. Pero en el transcurso de la mañana, los medios de comunicación nos hicieron conocer una crónica de espanto y terror. Cuatro aviones o más, en ese momento sin certeza de una cifra exacta, habían sido secuestrados. Dos de ellos, con diferencias de pocos minutos, habían impactado en las Torres Gemelas, símbolo del poderío económico y financiero de Estados Unidos; otra aeronave había impactado sobre el Pentágono, símbolo del poderío militar estadounidense. Un cuarto avión se había estrellado en Pittsburgh, sin llegar a impactar en su posible blanco, la Casa Blanca o el edificio del Congreso de Estados Unidos, centros del poder político de la primera potencia del mundo.

John Ashcroft, Secretario de Justicia del gobierno norteamericano, señaló que el ataque se había ejecutado mediante la intervención de tres a cinco secuestradores en cada una de las aeronaves. Anunció además que los investigadores tenían numerosas pistas en la extensa operación para hallar a los culpables; algunos de ellos habrían recibido entrenamiento en Estados Unidos como pilotos; las agencias y dependencias gubernamentales, desde la aviación civil hasta la Agencia Central de Informaciones (CIA) y el FBI trabajaban coordinadamente, revisando pista a pista cada dato posible, desde los recibos de alquiler hasta los teléfonos; se intenta localizar las cajas negras de los aviones secuestrados para poder determinar que es lo que realmente ocurrió.

El estupor, el desconcierto, el dolor y la muerte, con sus consecuencias a escala mundial, nos situó en una nueva dimensión. Nadie dudaba, tanto en la calle como en los medios de

comunicación, que el ataque despertaría a Estados Unidos de una década de prosperidad y bienestar generalizado y nunca visto en la historia de la humanidad. Los medios televisivos que habían suspendidos sus programaciones habituales, hacían referencia a un nuevo tiempo que comenzaba en los primeros meses del siglo XXI; señalaban que todo lo conocido por los seres humanos se había quedado en el milenio recientemente terminado.

En el plano de las relaciones internacionales, los actos de terror habían acabado con el mundo posterior a la caída del muro de Berlín y a la disolución de la Unión Soviética como potencia protagonista y antagónica de Estados Unidos, mundo donde lo económico y financiero, el libre mercado y la globalización comercial, prevalecían sobre la seguridad. La prosperidad de la doctrina liberal, con la paz como condición favorable al comercio y a las finanzas, también halló allí su fin. Nuevas organizaciones de carácter privado habían crecido hasta niveles inimaginables en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial. Las fronteras se habían caído o se habían debilitado. Los seres humanos vivíamos un período rico en experiencias de conocimientos recíprocos, debido a las facilidades existentes para el tráfico de personas en todo el mundo. Los derechos humanos formales habían alcanzado su pleno desarrollo y vigencia, y la democracia se había extendido y afianzado con mayor o menor vigor, con mayor o menor grado de perfección, en muchos países que hasta décadas muy recientes no la conocían o solamente la habían experimentado por muy corto tiempo. Todo lo mencionado eran verdaderos logros de la humanidad, después de experiencias desgarradoras de inhumanidad como fueron las dos guerras mundiales, y el período llamado de la Guerra Fría. Ciertamente todo lo que aquí hacemos referencia, pertenecía a un siglo que se había terminado. Un nuevo tiempo estaba comenzando y no se manifestaba mejor que el que habíamos conocido.

Después de los sucesos del 11 de septiembre de 2001, el mundo esperaba la reacción del gobierno norteamericano. El Presidente Bush dijo: *"Estoy firme para ganar la guerra"* y prometió al pueblo norteamericano y al mundo *"llevar al mundo a la victoria"*. Calificó a los ataques terroristas realizados contra su país, como *"la guerra del siglo XXI"* y destacó además *"que había recibido un gran respaldo internacional"*. *"Lloro y me conduelo con Estados Unidos"* dijo al conocerse que el total de muertos por los ataques terroristas en Nueva York y en el Pentágono podían llegar a varios miles. *"Estoy firme y plenamente resuelto a ganar esta guerra que ha sido declarada contra Estados Unidos", "es un nuevo tipo de guerra, este gobierno se adaptará a ella y pedirá a otros gobiernos que se sumen a nuestra lucha"*. Por su parte, el Secretario de

Prensa de la Casa Blanca, Ari Fleischer, hacía saber que dirigentes del todo el mundo “*han prometido colaborar con Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo*”.

Por primera vez desde 1812, el territorio de Estados Unidos era atacado; nadie con anterioridad había puesto en peligro la seguridad del territorio continental norteamericano y, por consiguiente, nadie había puesto en peligro la vida y los bienes de los norteamericanos. La vida cotidiana era percibida por el ciudadano estadounidense, como libre de los riesgos de la inseguridad, de la vulnerabilidad y de la fragilidad. Vivía convencido de que el Estado norteamericano tenía los medios suficientes para impedir todo atentado o ataque de cualquier naturaleza que pusiera en peligro la convivencia pacífica de los ciudadanos y habitantes del país. Se trataba entonces de una percepción de invulnerabilidad y un cierto grado de omnipotencia en las posibilidades del Estado para garantizar las libertades y los derechos. El peligro y la vulnerabilidad estaban en otras partes del mundo donde no había democracia plena, oportunidades de realización personal y búsqueda ilimitada del éxito.

El efecto buscado por los terroristas, y logrado en gran medida, fue precisamente quebrar esa percepción de la realidad y fracturar un imaginario social de poderío. De pronto, todo norteamericano experimentó la trágica sensación de que su vida y sus bienes estaban signados por el riesgo, y su propia supervivencia dependía ahora más que nunca de su inteligencia y capacidad de previsión para afrontar los peligros que se avecinaban. El quiebre psicológico, generalizado en toda la población, provocó un estado de ira incontenible en grandes sectores, lo que generó un clima de revancha o de venganza contra quienes habían osado desafiar el poderío de los Estados Unidos.

Las primeras declaraciones del Presidente Bush, llenas de patriotismo pero también de grandilocuencia y de omnipotencia, estaban dirigidas precisamente a esa mayoría de la sociedad que se había visto gravemente dañada en lo material y simbólico por los atentados. Ahora bien, el presidente había asumido el gobierno de los Estados Unidos en medio de un mar de dudas sobre su legitimidad, después de un período de incertidumbre generalizado sobre quién de los candidatos presidenciales había ganado la elección. También estaba en duda su capacidad para gobernar un país que en aquel entonces empezaba a entrar en un período de recesión, después de casi un década de permanente crecimiento a niveles nunca conocido hasta entonces, por el aumento de la productividad, innovaciones tecnológicas, aumento del crédito, del consumo y un nivel general de vida realmente envidiable para el

resto del mundo. Su decisiones políticas anteriores al ataque terrorista, tales como la construcción de una barrera antimisilística (justamente para hacer mayor la seguridad y la invulnerabilidad del territorio norteamericano), fue origen de conflictos con los países europeos, en especial con Francia, Alemania y Rusia. Sus manifestaciones de dejar sin efectos los tratados Salt I y Salt II de limitación de armas nucleares, que había sido el pilar de un equilibrio nuclear y militar entre Estados Unidos y la ex Unión Soviética dio origen a un acercamiento de Rusia con China con el fin de buscar un alianza mutuamente conveniente ante la agresividad de Estados Unidos. La caída en territorio chino de un avión espía había dado ya lugar a un incidente internacional de envergadura entre ambas potencias. El retiro de los procesos de paz en Palestina, dejando que las partes buscaran por sí mismas caminos que condujeran a la paz, no había traído sino una violencia despiadada y brutal que se prolonga hasta el día de hoy con actos de venganza y represalia, los que ciertamente alejan toda posibilidad de un acuerdo mínimo de convivencia y dejan de lado por mucho tiempo un camino que lleve a la región a una paz duradera. Quizás puedan sintetizarse los primeros meses del gobierno del actual presidente norteamericano con dos palabras, aislamiento y agresividad. Preocupados sólo por los intereses norteamericanos de carácter estratégico que hacían a su seguridad, y por los intereses financieros y económicos que se relacionaran directamente con las multinacionales norteamericanas.

Por otra parte, los medios periodísticos, tanto durante su campaña presidencial como después de haber asumido la presidencia de los Estados Unidos, destacaron su falta de conocimientos y su falta de experiencia en el mundo de las relaciones internacionales. Siguiendo la tradición de la dirigencia política norteamericana, y el estado de ira desesperada de la sociedad, el presidente dirigió su mensaje con un elevado sentido patriótico, señalando el carácter indomable e invencible de Norteamérica. Pero el enemigo debía ser encarnado en alguien, en una persona, en un pueblo, o en un Estado nacional o una organización. Así, el trece de setiembre de 2001, el secretario de Estado Colin Powell señaló a Osama Ben Laden como principal sospechoso por primera vez. Al día siguiente se anunció los nombres de los presuntos terroristas. El Congreso de Estados Unidos dio luz verde al Presidente para utilizar la fuerza, y aprobó una partida de cuarenta mil millones de dólares para las labores de reconstrucción y para la operación militar que se estaba planificando contra los responsables de los ataques. También autorizó el uso de la fuerza contra aquellas naciones, organizaciones o personas, que de forma determinada, planearon, autorizaron, cometieron, o ayudaron al ataque terrorista ocurrido el 11 de setiembre de 2001. El uso de la

fuerza debía ir dirigido a aquellos que ampararan tales organizaciones o hubieran ayudado al ataque terrorista, medida que buscaba prevenir cualquier acto futuro de terrorismo internacional contra Estados Unidos. El día 15 de setiembre de 2001, el Congreso de Estados Unidos autorizó al Presidente a ir a la guerra y éste reiteró la convocatoria de cincuenta mil reservistas.

Mientras tanto, el gobierno Talibán advierte que responderá a cualquier acción de guerra que se realice en su contra. El líder Talibán Mullah Omar instó a la población a "*luchar contra sus enemigos con valor*", mientras se anuncian preparativos bélicos en Kabul. Se producen actos de discriminación contra residentes árabes en Estados Unidos, sin que se detenga a persona alguna directamente involucrada en estos actos.

Por su parte, el gobierno de los Estados Unidos busca la cooperación del gobierno paquistaní, lo que genera un verdadero dilema a la dirigencia militar de Paquistán: o cooperar con Estados Unidos y arriesgarse a la ira fundamentalista con fuerte presencia en el país, o negarse a cooperar y hacer más frágil el equilibrio regional logrado con la India. El apoyo paquistaní legitimaría internacionalmente el régimen militar del Presidente Musharraf y significaría además el levantamiento de las sanciones económicas. Estas se venían aplicando con motivo del desarrollo nuclear con fines de guerra que Paquistán y la India, enemistados desde su origen mismo como Estados nacionales, habían alcanzado después de pruebas nucleares exitosas realizadas por los dos países . Finalmente Paquistán decide apoyar y ayudar a los Estados Unidos, lo que trae consigo la reacción fundamentalista, la que se manifiesta en las calles de ciudades como Islamabad, Carachi y otras densamente pobladas, donde se proclama el apoyo a Ben Laden y a la causa mulsumana.

El terror genera un rompecabezas de alianzas entre potencias marcadamente antagónicas como Estados Unidos, China y Rusia (en el caso de China y Rusia, con una fuerte presencia de poblaciones musulmanas en sus territorios, simpatizantes en proporción elevada de Ben Laden y su grupo terrorista). Se trata de un rompecabezas fundado en temores y odios que se remiten a un pasado lleno de desencuentros culturales, religiosos y políticos, entre las poblaciones musulmanas y los rusos y los chinos. Por su parte, la liga árabe repudió los atentados y pidió mesura (15).

A cuatro días de los ataques terroristas a Estados Unidos, se ha generado en este país y en el mundo un clima de guerra. Los comentaristas destacan que la guerra que se viene no será igual a las guerras que hemos conocido hasta el presente. La nueva guerra será completamente distinta por no ser entre Estados Naciones, por no haber declaración puntual de guerra, sino un estado de guerra de hecho, en el que se emplearán las últimas tecnologías militares, y por los efectos que la misma producirá en todo el mundo.

No debemos dejar de mencionar que, si bien la década de 1990 había tenido un crecimiento económico y financiero extraordinario, en el año 2001 se percibía, ya por la misma época que iba a asumir el presidente Bush, la posible llegada de un período recesivo, que podía ser leve y de corta duración o grave. Mucho tenían que ver para evitarlo las medidas económicas o financieras que el nuevo gobierno tomara. Con ese fin Alan Greenspan, Presidente de la Reserva Federal, había dispuesto la baja de tasas de interés, para generar una reactivación de la economía. Por su parte el presidente norteamericano anunció al poco tiempo de haber asumido, una baja de impuestos, beneficiando a sectores empresarios para que éstos continuaran mejorando la oferta de bienes en el mercado y manteniendo de esa manera los niveles de consumo y de empleo hasta entonces alcanzados. Quizás haya tenido que ver con la temporaria detención del crecimiento económico, el agotamiento temporario de la renovación tecnológica, la paralización momentánea de la capacidad creadora aplicada a la tecnología, factores que permitieran un nuevo auge de la inversión de la producción, del pleno empleo y del consumo.

Políticamente, el mundo internacional estaba fragmentado entre Estados Unidos, potencia mundial, con pleno desarrollo integrado por lo tecnológico, económico y militar, y otras potencias como Rusia, en grave crisis económica pero con ambiciones de protagonismo en la arena internacional a partir de la llegada al poder de Putin, o China, con retraso tecnológico económico y militar pero con vocación de protagonismo mundial.

El mundo musulmán, expresión de unidad religiosa, pero no representativa de unidad nacional, cultural, o política, se encuentra representado por un conjunto de países cuyas dirigencias se encuentran fuertemente vinculadas a Europa y a Estados Unidos. Sin embargo, sus pueblos se han abierto a la influencia de otros grupos dirigentes. Estos están muy bien formados intelectual y científicamente; aceptan la modernidad, especialmente la razón instrumental y las técnicas de mercado, de comercialización, de comunicaciones, de

propaganda, las técnicas financieras y empresariales propias del mundo capitalista. Pero rechazan a Occidente como forma de vida, su materialismo, su secularismo, su individualismo falto de todo lazo de solidaridad y de finalidad o de dirección hacia un orden trascendente. Consideran que ésta genera en el mundo musulmán una fuerte disolución de los valores y una desintegración y fragmentación de lazos sociales que han perdurado en el tiempo. Su reacción tiene varias características que es necesario puntualizar.

Por una parte, esta crítica se hace eco de una situación de decadencia del mundo musulmán frente al mundo occidental. Para remediarlo se busca un retorno a las fuentes que hicieron grandes y dominantes a los pueblos musulmanes en el pasado. Esas fuentes son religiosas, pero la concepción de lo religioso se vuelve inmediatamente una respuesta política militar, siguiendo la tradición iniciada por Mahoma. Por otra, se hace eco de una situación de injusticia profunda, una forma de ofensa y maltrato que padece el pueblo musulmán. Ejemplo de ese desprecio es la injusta situación del pueblo palestino y más recientemente la del pueblo iraquí. Además, el mundo occidental fija sus políticas en la región, guiado solo por sus propios intereses, sin tomar en cuenta en ningún momento la indignidad y desprecio que padece el mundo musulmán.

Pero esta interpretación no encuentra un apoyo masivo en las élites gobernantes y en el pueblo musulmán. Por lo tanto, el único camino de concientización que encuentra para dar a conocer sus objetivos es la violencia. Estos objetivos son liberar de presencia e influencia occidental todos los territorios donde se profesa la fe en Alá. En el seno de estos grupos se afirma un alto grado de autoritarismo y de concepción absoluta del mundo, así como el empleo de la violencia y del terrorismo como herramienta de concientización y modo imperativo de conducir a las élites dirigentes y a los pueblos hacia una concepción simplista y reduccionista del mundo.

Como puede apreciarse, estos grupos adquieren el fuerte contenido residual de un proyecto que, pensado para toda la comunidad de creyentes, ha sido rechazado por ésta mayoritariamente. Y por lo tanto, cabe al mismo grupo tornarse extremista para imponer su proyecto por la fuerza, tanto dentro de la comunidad musulmana como fuera de ella, principalmente al mundo occidental. Se trata entonces de una conciencia autoritaria de sí, sin conciencia del otro y sin conciencia crítica de sí y del otro.

Como respuesta a la alianza mundial que Estados Unidos y sus aliados en todo el mundo están implementando para atacar Afganistán, el día dieciséis de setiembre de 2001, los talibanes amenazan atacar a todos los que apoyen a Estados Unidos, y exhortan a los musulmanes de todo el mundo a prepararse para la guerra santa y el sacrificio personal por el Islam.

El presidente Bush afirmó que la guerra no sería breve y señaló a Ben Laden como principal sospechoso. Tampoco descartó la invasión terrestre a Afganistán. Su discurso reavivó el patriotismo y el heroísmo, resaltado una y otra vez por los medios de prensa oral y escrita, al destacar el sacrificio y la entrega realizados por bomberos y policías en los operativos de rescate en las que fueron las Torres Gemelas de Nueva York. Se busca de esa manera superar toda divergencia de pensamiento y de acción, canalizar todos los esfuerzos materiales y espirituales en una sola dirección, la guerra que viene, y mantener una sociedad en tensión mediante el recordatorio constante de los hechos trágicos sucedidos y el miedo y el temor por los ataques terroristas que pueden producirse en el futuro. Siguiendo en esa dirección, el Presidente Bush convoca a una cruzada mundial contra el terrorismo y da tres días de plazo a Afganistán para que entregue a Ben Laden. El 18 de setiembre el Presidente norteamericano anuncia que quiere al jefe terrorista vivo o muerto, mientras continúa la movilización de la marina de guerra de Estados Unidos y señala que la guerra será un ataque militar sin ocupación.

Mientras tanto, en el interior de Estados Unidos continúan produciéndose hechos de violencia racial, quizás poniendo de manifiesto el verdadero conflicto existente en el mundo, el conflicto y la violencia que se origina en una supuesta inferioridad y en una aparente diferencia.

El 19 de setiembre la ONU exige la entrega inmediata de Ben Laden; al día siguiente Estados Unidos acusa a Afganistán de obstaculizar la extradición del jefe terrorista sospechado de haber sido el autor intelectual del ataque terrorista. Las autoridades afganas insisten en su inocencia y exigen pruebas que muestren su autoría intelectual. Mientras, crece la tensión en Paquistán por el apoyo del gobierno a la guerra emprendida por Estados Unidos. Al cumplirse el décimo día del ataque terrorista, el Presidente Bush dice ante el Congreso de los Estados Unidos, "se acerca la hora de que entremos en acción: o están con nosotros o están con el terrorismo".

Así como el terrorismo es una conciencia arbitraria de sí, carente de alteridad y de conciencia crítica para reconocer el error en el pensar y en la acción, expresiones como las del Presidente Bush, son también manifestaciones de una conciencia arbitraria de sí que no reconoce ningún error, ningún acto de injusticia, de desmesura o de terror contra Estados, personas u organizaciones en todo el mundo. Lo malo procede del otro, lo bueno de nosotros, los Estados Unidos. Esa visión simplista y reduccionista del mundo, propia de Superman o de un niño caprichoso, es la conciencia que pretende tener poderes planetarios, fijar un orden de justicia de bien y de verdad a todo el mundo.

El día 22 de setiembre, el gobierno de Estados Unidos anuncia que ha completado su despliegue militar, mientras el 91% de la población aprueba el manejo de la crisis. Europa, por su parte, anuncia estar lista para las acciones militares, mientras se fija un nombre para la campaña militar que pronto se iniciaría, "Justicia infinita". En la ciudad de Nueva York, mientras se hacen los anuncios ya expresados, se realiza una masiva marcha por la paz. En un reportaje televisivo, un familiar de una persona desaparecida en las Torres Gemelas, dice que participa de la marcha por el dolor causado por el terrorismo, pero no quiere venganza. Mientras tanto, en el interior de Estados Unidos continúan los ataques a personas que representan a la comunidad árabe en el país.

Al día siguiente, Afganistán pide apoyo a los países árabes, al encontrarse cercado por Estados Unidos.

El día 25 de septiembre, Estados Unidos anuncia que se ha iniciado el desbaratamiento de la red financiera del terrorismo en todo el mundo. Rusia, por su parte, brinda a Estados Unidos un apoyo crucial, al ofrecer su espacio aéreo, armas e inteligencia militar sobre Afganistán y la región. Se trata de un apoyo muy importante, pero también se puede pensar que las dos superpotencias del pasado reciente, pueden convertirse en socias cuando sus intereses se vuelven coincidentes. Ciertamente no debemos olvidarnos que Rusia tiene un grave conflicto en Chechenia; el hecho de que el mismo sea reconocido como un modo de terrorismo, dejaría las manos libres a Rusia para proceder a su represión y aniquilamiento, lo que no había podido hacer en un pasado reciente, debido a la presión de los países occidentales, por la existencia de excesos en las acciones de represión ejecutadas contra el pueblo checheno, que es mayoritariamente musulmán.

El día 28 de septiembre, la prensa mundial se pregunta si el presidente Bush tiene un plan de acción militar, mientras crece el temor en la población norteamericana por un ataque químico. Al crecer el temor, crecen junto a él el desconcierto y la incertidumbre en la población civil. Al día siguiente Estados Unidos anuncia que comandos aliados operan ya en Afganistán.

El día 30 de septiembre, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, por unanimidad, aprobó una resolución que obliga a los países miembros a bloquear las fuentes de apoyo financiero y logístico de los grupos extremistas. El primer día del mes de Octubre, el presidente Bush promete nuevamente ganar una guerra diferente, mientras los organismos de seguridad de Estados Unidos advirtieron que podía haber nuevos atentados. Por su parte, Irán hizo saber que derribará aviones que violen su espacio aéreo.

El día 3 de octubre, Estados Unidos anunció que obtuvo el apoyo total de la OTAN y de Rusia, mientras el presidente Bush reiteró que no negociará con los terroristas y advirtió que, frente al problema del terrorismo mundial, Estados Unidos ha optado por la consecución de alianzas con otros países, en especial , aquellos que podían entorpecer, dilatar u oponerse decididamente a toda guerra, como Rusia y China.

El día 5 de octubre el presidente norteamericano dice que Estados Unidos no tendrá misericordia con todos aquellos que atentaron o atenten contra Estados Unidos y sus ciudadanos. Al día siguiente, el régimen talibán afirma que sólo juzgará a Ben Laden si hay pruebas; también sostiene que, si se demostrara su responsabilidad en los ataques terroristas, será juzgado por la ley coránica en Afganistán y no en ningún otro país.

El día 7 de octubre es un día decisivo para el mundo, porque la crisis que se originó con el ataque terrorista del día 11 de setiembre de 2001, va a tomar un nuevo curso. Los Estados Unidos anuncian un “ultimátum” al gobierno talibán para que en un plazo de cuarenta y ocho horas entregue vivo o muerto a Ben Laden y declara unilateralmente el ataque a Afganistán. Aunque es preciso decir que cuenta con el apoyo de países europeos y asiáticos, los que por gravitación regional y mundial son decisivos para emprender acciones de guerra a tan grande distancia de Estados Unidos, como Paquistán, China y Rusia. Esta acción será emprendida unilateralmente por Estados Unidos y por lo tanto la OTAN no intervendrá. Ese

mismo día comienzan los bombarderos aéreos a las principales ciudades de Afganistán, donde se supone están concentradas las unidades militares del gobierno de Afganistán, como así también el material de guerra del régimen talibán.

El día 11 de octubre de 2001, al cumplirse un mes del ataque terrorista en Estados Unidos, continúan los ataques aéreos sobre el territorio de Afganistán, mientras crece en Paquistán la convulsión interna por el apoyo de los fundamentalistas paquistaníes al régimen talibán.

II. La doctrina Bush y la política exterior de Estados Unidos

Durante el corto período de gobierno del presidente Bush, que tuvo comienzo el 20 de enero de 2001, se puso de manifiesto un cambio de la política exterior norteamericana. Con Clinton, terminó una política exterior basada en el respeto de un mundo en el que convivían países de mayor gravitación y países de menor relevancia, pero con un sustrato vinculatorio basado en relaciones que facilitarían el crecimiento económico, social, cultural y político de los pueblos. Acabó también el compromiso de la potencia rectora en los problemas y los conflictos mundiales, como en el caso de Palestina, o en el caso de Yugoslavia, o en el caso de las crisis económicas y financieras de países de economía emergente, como el caso de México, los tigres asiáticos, Rusia, Brasil y Argentina. Ciertamente no podemos dejar de mencionar casos como las matanzas en África, o en Indonesia (Timor), en los que Estados Unidos se mostró decididamente ausente y prescindente. Sin embargo, su presidencia buscó, con los medios a su alcance, el diálogo, una mejor convivencia entre los Estados, las organizaciones y las personas, y acciones en ese orden, aunque no en el grado suficiente para hacer menos desigual la vida humana en la tierra.

A partir de la presidencia Bush se imprimió una nueva dirección a las relaciones exteriores de Estados Unidos. El nuevo gobierno prontamente inició acciones que tensaron las relaciones con países como China y Rusia, que mantenían un prestigio y poder regional y una presencia mundial. Algunas de esas acciones pueden ser mencionadas aquí, como la no ratificación del Protocolo de Kioto para privilegiar el aparato industrial, la producción y el nivel de vida del pueblo norteamericano, una política militar de defensa antimisilística, que estaba dirigida a privilegiar la seguridad nacional, y, sobre todo, el compromiso asumido con otras potencias protagonistas. Se busca llevar al mundo a una nueva carrera armamentista,

que difícilmente la Unión Europea, Rusia o China, podían igualar en inversión de recursos y aplicación de tecnologías de punta. También se produce el retiro de Estados Unidos de las negociaciones de paz entre la Autoridad Palestina y el Estado de Israel, dejando a la región librada a su propia capacidad negociadora, que no era mucha, como se ha mostrado con posterioridad al retiro de Estados Unidos de la región, y el consiguiente aumento de la violencia y la disminución de toda posibilidad de paz para la región.

Ejemplos como los mencionados son pruebas de una política exterior que se balanceaba entre el aislamiento, privilegiando los intereses de la dirigencia norteamericana, y separándose del mundo mediante un espléndido aislamiento, la ensoñación de un bienestar general que debía durar hasta la eternidad, y la agresividad contra el mundo, mediante políticas que privilegiaban su situación, sin contemplar en ningún caso las condiciones económicas, sociales y políticas del resto del mundo, responsabilidad que sólo debía surgir de aquellos países, estados, organizaciones o personas, que estaban viviendo dificultades económicas, sociales o políticas, todo lo cual generaba una falta de definición del rol de Estados Unidos en el mundo del siglo XXI.

Se sostiene con insistencia que los hechos del 11 de setiembre de 2001 significaron una inflexión, una bisagra en la historia universal. Lo nuevo por venir será completamente distinto a la política internacional que hemos conocido.

La nueva guerra del siglo XXI será contra el terrorismo mundial, en cualquier lugar donde se encuentre. Pero esa lucha es dirigida y ejecutada por Estados Unidos, los medios empleados y los fines a lograr, son fijados por Estados Unidos, y los conceptos empleados, tales como terror, terrorismo, amparar, proteger, ayudar, colaborar, son precisados en su extensión y alcance por Estados Unidos, en un grado tal que le da completa libertad para interpretar, juzgar y condenar cualquier acción que sea contraria a sus intereses en todo el mundo.

Estudiosos del fenómeno terrorista han destacado la multitud de causas que puede originarlo, y también la infinitas formas que el terrorismo puede tener en diversas partes del mundo. También han señalado que, en la medida que no se conozcan en profundidad sus causas, y no se busquen soluciones de fondo contra la desigualdad, la injusticia y la fragmentación y destrucción de los usos, hábitos y costumbres que constituyen formas de vidas de Estados, organizaciones o personas, el terrorismo siempre será un camino a

recorrer, por élites dirigentes o al menos por parte de ellas, de sociedades desintegradas, empobrecidas y al borde de su desaparición.

En los discursos del presidente Bush que hemos citado, en ningún momento se advierte una percepción profunda del fenómeno terrorista. Sólo se advierte una movilización de todo potencial bélico, económico e industrial, para expandir hasta donde sea posible la forma de vida norteamericana, culpando de todo los males a los demás estados, organizaciones o personas, que no han seguido la concepción unidimensional de valores materiales y espirituales de Estados Unidos. Nunca como ahora, es posible dimensionar la voluntad de poderío y la conciencia autoritaria de sí, que no advierte lo limitado y parcial que es su propia concepción de la vida y lo valioso que sería para sí mismo y la humanidad, el enriquecimiento mutuo basado en la diversidad y multiplicidad de culturas, valores y concepciones vitales.

CONCLUSIÓN

Nuestro trabajo ha tratado de demostrar, por medio de los hechos y de las palabras pronunciadas por el presidente Bush, la existencia de una política exterior que, signada por el carácter de la sociedad norteamericana, se expresa mediante manifestaciones de marcada tendencia autoritaria y absolutista. Ello es así por la completa carencia de una percepción de alteridad y de examen crítico de la propia manera de ser.

Podemos decir que lo percibido hasta el presente nos muestra una vez más que estamos viviendo una época histórica, en la cual el gran perjudicado será el hombre común y corriente. Más allá de las palabras llamando a la defensa de la libertad, de la justicia, al heroísmo y al patriotismo, la vida de cada día llamará a crisis económica, caída del empleo, caída del nivel de vida, empobrecimiento moral y cultural, imposición, represión, discriminación y marginalidad para millones de seres humanos. Todos los logros de los últimos años del siglo XX se están desintegrando cada vez más a medida que pasan los días, y el mundo convierte a la guerra en su compañera de vida.

La civilización se ha definido como las realizaciones de las sociedades que por su importancia y significación se han prolongado en el tiempo, y cuyo modo de vida se ha

convertido en valores que se han hecho estables y permanentes. No compartimos definiciones como la señalada porque entendemos que la civilización es la permanencia en el tiempo de valores trascendentes que dignifican, enaltecen y humanizan a las personas. Desde esta percepción de lo civilizatorio, la guerra, el fundamentalismo religioso, el fanatismo, las llamadas a cruzadas y a la guerra santa, el autoritarismo, la limitación de la libertad por la seguridad sin límites, no son para nosotros valores trascendentales, sino todo lo contrario, son antivalores que dañan la vida y la conciencia de la humanidad en una dimensión imposible de calificar. Ciertamente la historia no es maestra de vida, porque nuevamente el mundo se encuentra en medio de un juego muy peligroso que puede destruir a la humanidad o dañarla en un grado y en una profundidad imposible de dimensionar. Las guerras del siglo XX siempre terminaron con un alto grado de destrucción, muerte y desprecio de la vida humana. Voces representativas por sus dotes intelectuales o científicos, se elevaron pidiendo que las atrocidades cometidas no vuelvan a ocurrir. Se dijo en su momento que el racismo, el nacionalismo, el patriotismo, el autoritarismo, el absolutismo debían desaparecer en aras de una visión liberal y democrática de humanidad. La racionalidad, en síntesis, debía gobernar las acciones mediante el consenso, la transacción y la negociación. Se debía buscar el acuerdo de voluntades. Sobre estas bases se construyeron teorías políticas, jurídicas, económicas y sociales. Se pensó que de esa manera, se superaría el odio, el resentimiento, la injusticia y la violencia.

Pero, tan pronto fueron tocados los símbolos de poder económico militar y político de Estados Unidos, reaparecieron los viejos compañeros destructivos de la humanidad: el racismo, el nacionalismo, el patriotismo, la indiferencia por la humanidad del otro, la persecución y la sola razón de la fuerza, negadora de toda razón y de toda humanidad. Vivimos hoy una verdadera involución, un retroceso y un oscurantismo retrógrado de inconmensurables consecuencias, sumado a la incertidumbre y al desconcierto que generan a todos los hombres de nuestro tiempo los hechos y las palabras analizadas. ¿Qué respuesta cabe dar en medio de una bestialización y animalización? Una respuesta de más humanidad. Una respuesta que recuerde que el desencuentro y la guerra se funda en razones profundas de injusticia de desigualdad de medios, de oportunidades y de futuro, de fragmentación y destrucción de las sociedades, de pérdida de toda identidad ante los permanentes cambios de todo tipo. Una respuesta que intente comprender en profundidad los males que el ser humano soporta. Una respuesta que asuma que todo ser humano busca la libertad, la socialización y el bienestar. Pero su búsqueda y su realización le pertenece en toda su

extensión, y por lo tanto no le debe ser impuesta compulsivamente y por imperio de los cambios que se dan en otras partes, porque entonces se termina negando de un modo absoluto el carácter de humanidad a quien se impone cambios sin darle alternativa alguna. Una respuesta signada por valores trascendentes propios de toda verdadera civilización. De esta manera, quizás entonces volveremos a hablar de la paz con un sentido de duración y de permanencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Sartori, Giovanni (2000), *La Política. Lógica y Método en las ciencias sociales*, Fondo de Cultura Económica, Méjico.
- Pinto, Julio (Compilador) (2000), *Introducción a la Ciencia Política*, Eudeba, Bs. As.
- Bertalanffy, Ludwig Von (1995), *Teoría General de los Sistemas*, Fondo de Cultura Económica, Méjico.
- Debray, Régis (1994), *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*, Editorial Paidós, Bs.As.
- Barbero, Jesús Martín (1991), *De los medios a las mediaciones (Comunicación , cultura y hegemonía)*, Editorial Gustavo Gili S. A., México.
- Hobbes, Thomas (1983), *Leviatán (O la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil)* 2 vols., Ediciones Sarpe, México.
 - (1999) *Tratado sobre el ciudadano*, Editorial Trotta, Madrid.
- Fuentes periodísticas: *La Nación*, *Clarín*, *Página 12* y *El País*. (En cada una de las consignaciones que estableceremos a lo largo del trabajo, especificaremos la fecha de la información, puesto que su contenido se reiteró en todas las fuentes investigadas.)